

IV JORNADAS AGUSTINIANAS
(Madrid, 10-11 de marzo de 2001)

ACTUALIZAR EL LENGUAJE RELIGIOSO

Director de la edición

Fermín Fernández Biéznobas



CENTRO TEOLÓGICO SAN AGUSTÍN
Madrid 2001

PRESENTACIÓN

FERMÍN FERNÁNDEZ BIÉNZOBAS

El tema de las Jornadas de este año ha sido adoptado, casi por unanimidad, por las 60 personas a las que se consultó en su momento y que tienen relación directa o indirecta con el Centro Teológico San Agustín.

Actualizar el lenguaje religioso es hoy un asunto primordial, imprescindible y urgente en la sociedad creativa y polivalente en la que nos está tocando vivir. Asunto complejísimo, por cierto, delicado, arriesgado incluso.

Es evidente que la sociedad actual, la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de hoy, no conecta con el mensaje religioso que intenta transmitirles el magisterio ordinario o extraordinario de la Iglesia. Más bien, nuestra sociedad secularizada se desconecta, aburrida y despectivamente, de las expresiones de fe que, codificadas en los albores de la Edad Media, se han venido mimetizando durante más de un milenio. Esta desconexión, este desarraigo por sistema del lenguaje religioso tradicional, que está viviendo la nueva cultura, queda bien patente en las magníficas encuestas que lleva a cabo cada cuatro años la Fundación Santa María. Tenemos la suerte de tener con nosotros a uno de sus autores. En su ponencia nos va a presentar una panorámica general sobre la poca incidencia que está teniendo la Iglesia hoy, entre la juventud y en la sociedad en general. Me refiero, naturalmente, al **Dr. D. Juan González-Anleo**.

Nos está costando reconocer y aceptar que una Iglesia con vocación universal, católica, cuya misión es ir y predicar el Evangelio a toda criatura, a los seis mil millones de personas que habitamos el planeta, no sepa hoy transmitir, con lenguaje actualizado, el mensaje del Evangelio más que a un puñado insignificante de especialistas y a unos cuantos grupúsculos más o menos mimados por una educación religio-

sa excepcional; y que esta mínima minoría sigue, con demasiada frecuencia, enfrascada en problemas, a veces bizantinos, en juegos lingüísticos o dialécticos, en nominalismos trasnochados, mientras es conducida inexorablemente, como cuentan que le ocurrió a Arquímedes, a la muerte, sin haber despertado a la realidad que la asedia y la condena. Lo dramático es que, con este desfase en el diálogo de sordos con la sociedad actual, se está dejando atrofiar, por inanición, a la vez que el mensaje evangélico, el mismísimo sentimiento religioso fundamental, ése que radica en el corazón humano de todo tiempo y lugar.

La inmensa mayoría, hoy, vive el vacío de todo sentido trascendente. Rechaza a un dios que, por torpeza de nuestro lenguaje, o por pereza en nuestra pedagogía, o por aberraciones históricas de nuestra predicación, se le ha presentado, inverosímil, como juez justiciero, o como verdugo caricaturesco y ridículo, o como curandero pelele y milagrero, o con esas cien mil imágenes, proyecciones de nuestros anhelos fantásticos, que hoy no resisten un análisis razonable. Hoy se pretende llenar ese vacío adorando, de rodillas, a los becerros del oro, del placer sin medida, del poder arrogante, de la frivolidad más degradada. Y está cada vez más de moda el instalarse en un humanismo agnóstico, en el ateísmo pragmático.

Cuando la Iglesia católica se empeña en dialogar con la cultura actual, en la clave de sus códigos lingüísticos tradicionales, no está cayendo del todo en la cuenta de que hoy la cultura está siendo planetaria; de que el hombre posmoderno está asomado al panorama mundial y conoce, aunque sea superficialmente, las más variopintas religiones, con sus códigos lingüísticos peculiares, con sus mitos y ritos, y aprecia la sinceridad y honradez total con las que esas gentes expresan sus sentimientos religiosos. Hoy todo el mundo tiene acceso a una información básica sobre las teofanías y teosofías y cosmogonías más ancestrales, que se antojan similares a las judío-cristianas. Hoy se tiene acceso, sin secretismos ni censuras, a la historia de las religiones, también a la de la Iglesia católica, con sus errores y aberraciones y atrocidades cometidas con la presunción de actuar en nombre de Dios. Esa apertura informativa incita a los mismos cristianos a replantearse la autenticidad y garantía de su cultura religiosa, y a alistarse a un sincretismo más o menos esotérico.

Ante el avance vertiginoso, por otro lado, que han experimentado las ciencias naturales, la psicología humana, la historia crítica, la filosofía del lenguaje, se van desmontando una serie de explicaciones, con

alardes de dogma, que la Iglesia protegía celosamente dentro del círculo ardiente de lo místico y las imponía con la pretendida autoridad divina, y con la infalibilidad que ella misma se arrogaba.

Todo ello está pidiendo a gritos una exposición más adecuada de la dogmática cristiana, con un nuevo lenguaje más depurado y crítico y acorde con la mentalidad actual.

Sobre dogmática hay una comunicación del **P. Luis Miguel Castro**, que interviene en la Mesa Redonda, y que será publicada, junto con las ponencias, en las Actas de las Jornadas.

La evolución creadora del lenguaje es de tal envergadura que una misma palabra ha quedado vacía de su significado sagrado y se está llenando de contenidos claramente profanos.

Está aconteciendo lo mismo que ocurrió a la llegada del cristianismo, pero a la inversa. El cristianismo bautizó por inmersión, hasta el cogote, a Platón, a Aristóteles, a Séneca con su estoicismo, a toda la filosofía pagana que pudo, a la cultura romana decadente. Se apropió, impregnándolos de sentido religioso y de visión trascendente, de sus mitos, ritos y simbolismos. Invadió sus templos y sus altares, y los consagró al Dios de la revelación cristiana. Acomodó al sentido cristiano las Fiestas paganas de las cuatro estaciones, y los ritos en los momentos claves de la vida humana: nacimiento, iniciación, matrimonio, ordenación social, muerte, mundo del más allá.

Todo ello se sacralizó, con un lenguaje extraído básicamente de la Sagrada Escritura: de una Sagrada Escritura interpretada, con demasiada frecuencia, al pie de la letra, por fidelidad ciega a la mismísima Palabra de Dios, revelada tal cual a los hombres. Sobre cómo actualizar el lenguaje para que ayude a comprender mejor la Sagrada Escritura, nos hablará el **P. Constantino Mielgo**.

Decía que hoy estamos recorriendo el mismo camino, pero a la inversa. Estamos asistiendo a la secularización más humanista de todos los mitos, ritos y símbolos y vivencias que estaban siendo sagrados y normativos para la cultura occidental. La mayoría de las palabras y ceremonias y gestos de la liturgia han perdido, o están perdiendo, su significado original y su sentido sagrado para la gente, que los entiende y los usa con una frivolidad indignante y hasta con descaro. Os va a parecer inverosímil, pero el otro día, un locutor que comentaba no sé qué partido de fútbol espetó en los tímpanos de los sufridos oyentes, sin

mover un músculo de su cara (dura), la siguiente frase: «el jugador X acaba de protagonizar una embestida difícil de transustancializar». ¡Textual! Lo apunté en aquel mismo instante.

La práctica religiosa desciende alarmantemente. De los que asisten, sólo algunos participan activa y vivencialmente. Empiezan por no entender la liturgia, su lenguaje, sus símbolos rituales; o los entienden en sentido superficial y anecdótico; o los escarnecen a base de paralelismos, a veces groseros, con la picaresca zafia o anticlerical: el bautismo con padrinos ajenos u hostiles a la práctica religiosa, la primera comunión (¿mejor «por lo civil»?), como solicita ya algún padre de familia), la confirmación (flor decorativa del campo adolescente que, antes de abrirse, se agosta), las bodas (¡jaj, las bodas!), los funerales... todos esos ritos, si es que se acude a ellos, se están reduciendo, descaradamente, a meros compromisos sociales, rodeados de gran solemnidad civil, pero ajenos al sentido cristiano y a la vivencia íntima religiosa de los asistentes.

Y es que hay una ignorancia supina del lenguaje (y no sólo del lenguaje) religioso. Se ha pasado por la catequesis, en la familia, en la parroquia, en el aula (incluso de colegios religiosos) como gato por ascuas, sin adentrarse para nada en el lenguaje, tantas veces simbólico, de la cultura religiosa. Hace años, se recitaban las parrafadas de Ripalda o de Astete de memoria, como simples papagayos; p. ej., aquel «que soy ignorante docto / –RES tiene la santa madre iglesia...»). Hoy no se sabe decir seguido, sin tropiezos, ni el mismo «Padre nuestro»; mucho menos, por supuesto, la «Salve Regina», o cualquiera de las oraciones tradicionales que enseñaban las madres o las abuelas. Nos estamos quedando sin memoria religiosa, pero no hemos ganado en comprensión de sus verdades ni de la oración.

De cómo acercar el lenguaje y los simbolismos litúrgicos a la mentalidad de nuestro tiempo nos hablará el **Dr. D. Dionisio Borobio**.

Si nos adentramos en el lenguaje más general, en las palabras clave que sirven de soporte a la transmisión del mensaje cristiano, y vemos el sentido que hoy se da a palabras como Ley, Amor, Libertad, Caridad, p. ej., nos encontramos con que los significados hoy en uso, no sólo son diversos, sino, a veces, deliberadamente antagónicos. Ley se interpreta como represión; Caridad se suele traducir por compasión hipócrita y limosnera; por Libertad se entiende actuar siempre como pide el cuerpo, o como aconseja la situación oportunista, o por convicciones no

contrastadas; ¡Amor...!: hoy la palabra «amor» se está refiriendo a «hacer el amor», al goce hedonista, narcisista o compartido; difícilmente se piensa en el dinamismo del amor gratuito de Dios, o de las personas que consagran su vida a hacer el bien a los demás por amor a Dios. Lo mismo suele ocurrir con las palabras Verdad, Justicia, Paz, Solidaridad, y tantas otras, rebosantes otrora de contenido evangélico, y que ahora se las ha vaciado de toda referencia religiosa abierta a la trascendencia, y se las está usando en el sentido exclusivamente profano de un humanismo agnóstico, por no decir claramente ateo.

Por cierto, nunca ponderaremos lo bastante la nueva era histórica que se abrió a la Humanidad con la «revolución sexual», iniciada por los años 1960. La liberación biológica femenina, para optar o no por la maternidad, sin privarse para nada de las vivencias personales como mujer, está teniendo unas influencias familiares y sociales de una magnitud imprevisible. Hoy se está invirtiendo sistemáticamente la escala tradicional de valores. La conducta moral, con excesiva frecuencia, se opone frontalmente a la normativa del magisterio oficial de la Iglesia: sin ningún escrúpulo de conciencia, sin ningún reparo de la sociedad que, incluso, canoniza y rinde culto a todo aquello que, hasta hace bien poco, era, para los cristianos, pecado grave contra la ley natural o contra la vida.

Sobre la dificultad de entrar en diálogo, dadas estas premisas, con la juventud, y con los que no son ya tan jóvenes, en la acción pastoral, va a intentar darnos pistas, a partir de su joven experiencia, **Sor Carmela Barrientos**.

El lenguaje religioso, para ponerse al día, tiene que contar urgentemente con la valiosísima aportación de la mujer. Ya quedó atrás, por fortuna, la época interminable en la que las mujeres tenían que escuchar dócilmente y en silencio. La mujer ilumina y enriquece el mensaje evangélico con su intuición, con su sensibilidad exquisita, con su vivencia subjetiva, con su experiencia de maternidad; y nos hace aun más humana la divinidad. Sobre la clave del sentimiento religioso femenino, con el que vive más de la mitad de la humanidad, va a tener su ponencia la **Dra D.^a Isabel Gómez-Acebo**.

Toda doctrina auténtica está orientada a la praxis. Las ideas religiosas están llamadas, por su propia naturaleza, a «re-ligar» al hombre, consciente y libre, con la divinidad. La teoría sirve de luz en las pistas de la conducta humana, y orienta por el camino de la felicidad: un

camino que no se recorre por pies, sino a través, precisamente, de los actos morales. El lenguaje religioso tiene, por tanto y desde siempre, una incidencia definitiva en la normativa moral, personal y social. ¿Está la teoría y el lenguaje a la altura de los tiempos, para presentar el mensaje de las bienaventuranzas en clave actualizada? De cómo afrontar este espinoso reto, con las implicaciones que lleva consigo en la educación de toda persona, en especial de los niños y de los jóvenes, va a tratar la ponencia del **P. Vicente Gómez Mier**.

Otro aspecto, nada desdeñable, del lenguaje religioso se refiere al ámbito del arte: arquitectura, escultura, pintura, poesía, literatura, estética de los ritos y gestos y ceremonias y expresiones del culto divino son el vehículo más palpable y gráfico para llevar a las personas de toda edad hacia la divinidad. La estética constituye un caudal de ideas y de vivencias que enriquecen sabiamente el sentimiento religioso. De este tema se ocupará el **P. Francisco Bueno**.

Contamos, finalmente, para nuestras Jornadas, con una comunicación excepcional. Se trata del estudio bien documentado que nos brinda el **P. José Anoz Gutiérrez, Reoleto**, sobre cómo veía y vivía y actuaba San Agustín, a la hora de presentar el mensaje religioso al pueblo. El P. Anoz, por sus compromisos parroquiales, no puede asistir a estas Jornadas, para dictarnos de palabra sus conclusiones; pero su escrito será comentado en la Mesa Redonda y será publicado, junto con las ponencias, para que pueda ser disfrutado por los interesados, con todo detenimiento.

Estas Jornadas están organizadas, como habéis podido observar, para suscitar una actitud de análisis crítico del lenguaje religioso en sus diversos frentes fundamentales: **sociología**, mundo de la **mujer**, exégesis **bíblica**, **dogmática**, **liturgia** sacramental, **moral**, **pastoral**, **estética**. Y, como paradigma, el estilo, en su tiempo, de **San Agustín**.

El reto de actualizar el lenguaje religioso en todos esos frentes no se lleva a cabo en dos días. Tampoco depende su éxito de la buena voluntad de este grupo, por cierto, numeroso que nos hemos reunido en El Escorial con esta inquietud. La naturaleza no da saltos en su crecimiento, decían los antiguos (aunque, hoy día, ¡vete tú a saber... con eso de la revolución tecnológica y genética!).

Que estas Jornadas sirvan para despertarnos nosotros mismos y para que ayudemos a despabilarse a los que tienen relación directa o

indirecta con nosotros y con nuestro mensaje evangélico. Que, al menos, no nos aletarguemos sobre los laureles de la posesión pacífica de la verdad y de su comunicación lingüística, como si fuera inmutable. Que andemos en humildad, y aprendamos a dialogar con la cultura posmoderna, para ir creando entre todos un espacio religioso tolerante y solidario, en el que cada uno a su estilo se encuentre con Dios y con el hermano.

Es evidente que centrar el mensaje evangélico en la sola eficacia de las palabras, del lenguaje, sería una pretensión muy próxima a la actitud farisaica. Para que el lenguaje religioso sea eficaz, tiene que nacer del corazón, de una vivencia religiosa íntima y auténtica. Para que el diálogo con la cultura secularizada sea honrado y eficaz tiene que ser expresión y testimonio y contagio de la vida de fe de quien dialoga: «*Que dé a luz nuestra vida al Salvador*».

A partir de ahí, nuestra labor misionera, que tenemos que comenzar ya desde dentro de nuestras mismas fronteras, tendrá que desarrollarse con una mentalidad puesta al día, con unos sistemas de difusión más técnicos y universales, con otro **Lenguaje**.